

lo único que te queda que hacer, es confesar tus errores y pedir el perdón.

Que ese Dios que murió por nosotros te lo conceda; que su Espíritu Divino te aplique sus merecimientos, y que purificándote con su sangre, te haga objeto digno de su vista. Pero cuando hayas cumplido tus santos ejercicios; cuando hayas cumplido con todo lo que exige tan importante acción, vuela á mis brazos, para que yo estreche con ellos contra mi corazón á Teodoro ya amigo de Dios, á Teodoro que va á unirse conmigo con los vínculos de una nueva y mas sólida amistad, para que le adoremos y sirvamos hasta el venturoso día en que también unidos le gocemos. A Dios, amigo mio.

### CARTA XXXVI.

MARIANO A ANTONIO.

**Q**UERIDO Antonio: ¡qué agradable sorpresa me ha causado tu no esperada carta! Después de cinco años de ausencia; después de una separación tan larga, y cuando ménos esperaba tus noticias, me hallo con la tuya en que me avisas tu feliz ar-

ribo, y me añades la satisfacción de saber que has desempeñado tus encargos á gusto del gobierno. Esto no lo dudaba yo, porque el que con temor de Dios no aparta los ojos de su divina ley, acierta en todo.

Pero no siempre se obtiene en la tierra la aprobación y el fruto de las buenas intenciones, y miro como nuevo beneficio del cielo que las tuyas hayan logrado la aceptación y los premios que me dices. Como quiera, ya has pagado tu tributo á la patria, y es tiempo de que pienses en pasar con tranquilidad tus últimos días. Esto se entiende, si te dejan; pues sabes que si el gobierno necesita tus servicios, esta es la primera deuda de un buen ciudadano.

Mucha satisfacción hubiera sido para mí, que el navío que te condujo, hubiese arribado al mismo puerto de que saliste; pues entonces te hubiera visto y abrazado al paso, y nos hubiéramos instruido mutuamente en los sucesos que han ocurrido durante tu ausencia. Te agradezco la relación que me haces; pero, amigo, hay mucha diferencia entre contar ó escribir las cosas. Una carta es un testigo frío que refiere sin interés, que describe sin fisonomía; y el discurso con el gesto del semblante y las inflexiones de la voz anima cuanto dice. Este es el inconveniente en que voy á caer. Tú quieres que yo te refiera mi historia; que te cuente lo que hay de nuevo en esta casa; que te diga



cómo me va en ella; si he logrado educar bien los dos niños, según me lo propuse; si estos han aprovechado; si su padre ha podido ejecutar los grandes proyectos de beneficencia en que quería ocuparse; si como dices ha logrado transformar este lugar, que te pareció tan abominable, mísero y asqueroso, en un pueblo sano y agradable; en fin, quieres que te refiera por menor todo lo que se ha adelantado en este tiempo.

Esta relación, amigo, no es tan fácil de hacer como quizá te lo imaginas; porque en estos cinco años se ha hecho tanto, y nos han pasado tales cosas, que no es posible comprenderlas todas en una descripción. Las novedades y mejoras que mi amigo ha hecho y hace todos los días en este lugar, son tan rápidas como prodigiosas. Si hubieras pasado por aquí, hubieras tenido un día delicioso con la sorpresa del asombro, y con la vista de tan feliz é inopinado espectáculo; porque la mutación de la escena es completa: lo que dejaste ruina, asco y miseria, lo hubieras visto convertido en hermosura, limpieza, abundancia y felicidad.

En pocos días te hubieras enterado más de lo que yo puedo decirte. Aunque te diga mucho, es imposible que lo diga todo; pero pues Dios no ha querido darme este gusto, y tú exiges de mi amistad este tributo, voy á obedecerte. Procuraré darte una idea de lo que se ha hecho en estos cinco años, y del estado en que se halla hoy esta población.

¡Qué diferencia, amigo, de oírlo á verlo! Pero tu imaginación suplirá, á la debilidad del pincel, y tu amistad reconocerá el esfuerzo que hago por servirte.

La misma noche que te separaste de nosotros para continuar tu viaje, me expliqué con mi amigo, y le dije: Ya me tienes aquí: me bastó saber que lo deseabas, y estoy dispuesto á obedecer cuanto me ordenes; pero como entre las ideas que me has descubierto, incluyes la de encargarme la educación de tus hijos, debo repetirte lo que dije á Teodoro: No me hallo capaz de tan alta confianza; no soy idóneo para educar dos niños que por su fortuna y nacimiento serán destinados á los empleos más elevados, y me parece que debo desengañarte, porque algún día lo conocerás, cuando ya será tarde.

No creas que mi intención es huir del trabajo, y ménos que afecte esta moderación por hacerme rogar; tan despreciable conducta es muy ajena de mi carácter franco. Y para que veas la sinceridad con que te hablo, desde luego te digo, que hay muchas cosas que les puedo enseñar. Primeramente la Religión que ha sido siempre mi primer estudio: tengo también alguna instrucción en las matemáticas, en la física, y en algunas otras ciencias útiles y sólidas.

No solo les enseñaré todo esto con gusto, sino que me encargaré de velar sobre ellos, y dirigir su conducta con la más cuidadosa aplicación; pero si se trata de formarles el gusto, y de darles estas gra-



cias exteriores, y modales cortesanos, que tanto se estiman en el mundo, te declaro que soy inútil, que no se nada, y que no soy á propósito. Sabe, pues, que estoy pronto á todo lo que pueda serte útil, pero que no debes fiarte tanto en mi ignorancia; y te suplico que busques otros medios que te aseguren el acierto.

Yo estimo mucho, me respondió, tu tímida franqueza, y respeto mas tu modesta desconfianza; pero te responderé como Teodoro: Si yo quisiera dar á mis hijos la brillante y corrompida educacion del mundo, buscaria un preceptor de otras calidades que las tuyas. Mi ánimo es darles una educacion ilustrada, pero cristiana. No excusaré enseñarles lo que contribuya á sostener su nacimiento con decoro; pero no quiero que aprendan nada que los desvie de esta primera vocacion.

Por otra parte, Mariano, viendo los embarazos en que estás y las dificultades que te abultas, me figuro que te forjas fantasmas, y que tu imaginacion te representa, que una educacion es un monstruo horrible. Quizá mi tranquilidad nace de mi ignorancia; pero yo he puesto en este papel las ideas que me han ocurrido, y los deseos que tengo sobre la de mis hijos: sírvete de leerlo, y reflexiónalo despacio. Mira, yo me veo en la necesidad de hacer una ausencia de tres dias. Me es indispensable partir mañana muy temprano á uno de mis lugares. Como no te esperaba, he escrito á muchos con quie-

nes tengo que tratar negocios graves de que ya te hablaré; me estarán esperando, y les hiciera mucho perjuicio, si yo no fuera.

Es menester pues que me perdones. Siento dejarte tan presto, aunque espero volver luego, y que no volverémos ya á separarnos. Me parece tambien que esta breve ausencia puede ser útil para que te quedes solo con mis hijos; así se acostumbrarán á mirarte como el padre, el ayo y el amigo de quien dependen. Ruégote, pues, que reflexiones sobre lo que expongo. A mi vuelta volverémos á hablar, y Dios ayudará nuestra intencion. Mi amigo me dió un papel, partió al otro dia, y yo desde que me ví solo, leí su escrito que decia así:

Si yo fuera, Mariano, árbitro del destino de mis hijos; si mis actuales desengaños debieran arreglar sus vocaciones; y si no debiera dejarlos en libertad para que cada uno la escoja por sí mismo, y segun el cielo se la inspire, mi deseo seria que no escogieran otra que la actual que tenemos, y á la que por mi desgracia me he reducido tan tarde. Quisiera que se educaran aquí, para vivir aquí siempre, y que nunca salieran de este solitario y pacífico retiro, en que conservarian mejor su inocencia.

En efecto, amigo, si lo consideramos con la luz de la verdad, no siendo la tierra mas que un estado de prueba, no siendo nosotros mas que pasajeros que caminamos á la patria, y no concediéndose el tiempo de la vida transitoria sino para merecer la



eternidad; solo se puede llamar dichoso el que la pasa lejos de los riesgos que presenta el mundo, en donde á la corrupcion de la flaqueza propia se añaden tantos alicientes con las máximas falsas y malos ejemplos.

Per eso yo no conozco en la tierra mayor dicha ni mas apreciable gracia, que la de pasar toda la vida desde la edad primera en el retiro de una casa, ó en el seno de una comunidad que se consagra toda á la virtud. ¡Qué ventaja es haber pasado los dias borrascosos de la juventud con la sujecion de una severa disciplina, con la luz de continuas exhortaciones, y con el estímulo de los buenos ejemplos! La mas débil virtud puede sostenerse con tantas barreras que se la ponen para que no caiga. Este tiempo que tanto pesa, esta ociosidad que es tan peligrosa, y que abre la puerta á todos los vicios, no tiene allí lugar, ni puede producir sus estragos; porque todas las horas se ocupan con arreglados y religiosos ejercicios,

Así se pasa la vida sin sentir, y cuando con la edad se calman las pasiones, se reconocen con gratitud todos los bienes que se consiguen. ¡Qué felicidad la de haberse librado de tantos peligros, y verse en el puerto desde donde se registran tantos naufragios! ¡Qué consuelo el de verse cercado de auxilios contra nuevos temores! ¡Qué fortuna encontrarse cerca de la muerte acostumbrado á la virtud! ¡Ah, Mariano! los que el cielo ha distinguido con

este privilegio, deben dar muchas gracias á Dios. Estos son los felices verdaderos, porque han navegado con viento próspero, y llegan á la orilla sin naufragar en las tempestades.

Pero como el mundo no puede componerse solo de hombres retirados, porque la armonía y conservacion de las sociedades humanas exigen diferentes destinos, y todos provienen del autor del orden; es sin duda necesario, que cada uno siga en general aquel que le indica el cielo por su situacion y nacimiento, y es claro, que todos pueden hacerse felices en ellos. ¡Dichosos pues aquellos, que contentos con la suerte que les ha cabido, no aspiran con una ambicion insensata á ser mas de lo que Dios ha querido que sean, y que sin añadir los riesgos de la opulencia ó de la autoridad, procuran en su esfera cumplir con sus obligaciones!

Pero la desgracia es, que el hombre por la degradacion de su naturaleza, y por el desorden de sus pasiones aspira siempre á elevarse, y la moral del mundo es tan corrompida, que á este desarreglo del corazon da el nombre de ambicion honrada. El injusto y peligroso conato de dominacion se llama elevacion de alma; y nadie se avergüenza de pretenderlo todo. El orgullo ha perdido toda especie de rubor, y con descaro se manifiesta poco satisfecho, si no manda á sus semejantes, y si no los domina. Esto es lo que únicamente ocupa toda su actividad, sin reflexionar jamas, que cada honor, cada grado,



cada dignidad le cerca de nuevos peligros, le aumenta las obligaciones, y le añade mas dificultades de salvarse.

Si los hombres nacieran cuerdos, cada cual contento con la suerte que le cupo, léjos de extenderla, trabajaria por reducirla lo mas que le fuera permitido. Su mayor deseo seria separar de sí todos los afanes agenos ó superfluos, para reforzar su atencion sobre sí mismo, y sobre los deberes inexcusable que el cielo y la naturaleza le imponen. No es la tierra la mansion de las dichas, ni puede haber en ella estado que no tenga sus penas; pero si la imaginacion buscara el que tuviera ménos, iria á buscar en derechura á un propietario, que no lo es mas que de un corto terreno, de un terreno suficiente para ocuparle sin cesar, y para mantener sin escasez su virtuosa familia. Este hombre, si un mal gobierno no le aflige, es el que en mi juicio podrá correr los dias de esta miserable vida con mas tranquilidad é independenciam; será el que al fin de su vida habrá sufrido ménos, y saldrá de ella con ménos responsabilidad.

Así pues esta loca ambicion, que no suspira mas que por empleos, dignidades y honores, no hace mas que trabajar por hacer mas peligrosa y mas dificil la cuenta que tenemos que dar. Por divertir y contentar el corto número de dias que vive, con sus mismas manos hace cuanto puede para hallarse rodeado de riesgos y dificultades en su tránsito á la eter-

nidad. Al que ha nacido en medio de estas dichas del mundo, parece que la Providencia le destina, y el cielo le encargá semejantes obligaciones. Así pues debe recibirlas como una carga que el cielo le impone, y pedirle sus luces para desempeñarlas; pero no debe buscar otras, sino contentarse con las que le indica la voluntad divina.

Yo creo, que estos deben ser los principios de un cristiano, que su trastorno es el origen de todo el desórden del mundo, y que esta prevaricacion en ideas tan vanas, no solo es contraria al espíritu del cristianismo, sino muy dañosa á la humana sociedad: porque, amigo, esta ambicion casi general con que todos pretenden salir de la clase ó esfera en que los colocó la naturaleza, para elevarse á otra superior, está en continua contradiccion con todas las reglas de buen gobierno, y pervierte las ideas del órden.

Los hombres que la naturaleza destinó al campo ó á los trabajos de las artes, abandonan por lo comun los lugares en donde nacieron, y en que pudieran ser muy útiles. Se trasportan á las ciudades populosas, en donde abundan las riquezas, se reparten los empleos, y en donde esperan hacer fortuna; pero no es tan cierto que la encuentren, como que hallarán en ellas una corrupcion de costumbres desconocida en sus hogares; y es muy de recelar, que perderán su inocencia antes de encontrar un destino.



De esto racen tambien otros muchos inconvenientes políticos: pues esta es la causa primordial de esa deplorable multitud de ociosos, mendigos y vagamundos que infestan la nacion, y del atraso de los oficios; pues si los hijos siguieran desde luego el de sus padres, le aprenderian mejor; y de esto proviene el abandono del campo y atraso de la agricultura, la disminucion de la poblacion útil y el aumento de la viciosa y superflua; pues no solo una parte se hace inútil y nociva entregándose á los vicios, sino que tambien otra deja de ser provechosa, porque se entrega á las tentaciones del lujo. Seria nunca acabar describir estos daños; pero como no son de mi asunto, voy á tocar otro inconveniente mayor, y que me pertenece mas de cerca.

Digo mas de cerca, porque nosotros mismos somos los autores. Esta mania de mejorar la suerte no se concentra en los que nacieron sin haberes; tambien se extiende á los que lograron la mejor y la mas alta fortuna. Parece que los que obtuvieron el privilegio de nacer con distincion y con riquezas, no debian tener otra ambicion que la de gozar de estos dones, y hacer buen uso de ellos; pero no es asi: el grande aspira á ser mas grande, y el rico quiere ser mas rico.

Yo me figuro un jóven, como yo era, nacido en el seno de la grandeza y la opulencia, heredero de una casa distinguida, y señor de muchos lugares, en que mis abuelos me dejaron cómodas habitacio-

nes. Si yo hubiera tenido una sombra de Religion; si hubiera querido consultar mi razon, esta me hubiera dicho, que pues el cielo me habia enviado al mundo con tantas ventajas, me indicaba en ellas mismas la razon que ha tenido para concedérmelas; y que si me ha dado el señorío de muchos lugares, es para que los proteja y cuide de ellos; y si me ha dado mas rentas y riquezas que á mis vasallos, es para que socorra con lo superfluo de mis gastos á los que necesiten de este auxilio; y que si á los que nacieron mas inferiores les impuso la ley del respeto, obediencia y tributo, á mí me impuso la del socorro, de la vigilancia y proteccion.

Yo debia pues considerarme como el padre de todos esos pueblos, como un tutor nombrado por el cielo para cuidar de su felicidad. Y ved aquí una vocacion conocida é indubitable; porque mis obligaciones eran naturales é inherentes á la dignidad y ventajas de mi nacimiento. Acaso hubiera sido mejor para mí y para todos los demas, no nacer con estos privilegios que los hombres estiman tanto: acaso á los ojos de la fe podrá ser mas feliz el que nace con ménos tierras y ningun señorío; pero como no se escoge el nacimiento, y que es menester recibirle como Dios le da, aquel que le recibió con estas que el mundo llama ventajas, debe por lo ménos entender cuáles son sus obligaciones. No seria justo que cuando saborea las dulzuras que le halagan, no satisfaga las deudas que le imponen.



Es pues evidente, que todos los que hallan en su nacimiento el derecho de mandar á otros hombres y de llamarlos vasallos, nacen tambien con la obligacion de protegerlos; y por consiguiente, que el primer objeto de su educacion debe ser el formarles un corazon benéfico á favor de estas gentes que el cielo les confia; hacerles conocer y sentir el rigor de la miseria, para que procuren desterrarla de los confines que Dios ha señalado á su celo; enseñarles los principios de la felicidad pública, para que sepan promoverla en sus dominios; y en fin, hacerles entender cuánto deben animar el trabajo, desterrar el ocio, extirpar los vicios, y alentar á la virtud.

Como para obtener estos bienes es necesario adquirir los conocimientos de la experiencia, es menester dárselos, hacerles ver los ejemplos de otros pueblos felices por haber logrado buenos administradores, y hacerles conocer los medios con que los han conseguido. Se les debe dar la idea del órden, y tratar de inspirarles el gusto y el amor de esta virtud; porque sin ella el talento es inútil, y los esfuerzos vanos. Sobre todo se ha de trabajar en hacerlos humanos, generosos y sensibles; haciéndoles entender, que si Dios los distinguió en la distribucion de las riquezas, no es para que satisfagan sus antojos, sino para convertir las con moderacion y decencia en sus necesidades y las de su familia, y para que repartan las restantes sobre los pobres,

especialmente aquellos que puso bajo su direccion.

Ved aquí las primeras ideas generales; y no puedo dejar de lastimarme al paso, quando reflexiono cuán contraria á estos principios fué la educacion que recibí, y la que se da comunmente á nuestros ricos y señores. En lugar de instruirlos que si tienen pueblos, es para gobernarlos bien, para socorrerlos, consolarlos y servirlos; solo se les repiten los nombres para contentar su orgullo, y apenas los conocen sino por las exacciones con que los consumen. Pocas veces van á ellos; y si van, es á recibir los respetos que exigen, y no á informarse de sus miserias para remediarlas. En lugar de hacerles conocer las obligaciones con que han nacido, y de enseñarles los medios de desempeñarlas, su misma educacion los desvia de estos objetos propios de su estado, y solo se ocupan en objetos extraños de su vocacion, en ideas que solo pueden excitar una mal entendida ambicion; pues contradicen, y aun se pudiera decir, que casi rebajan los destinos de la Providencia.

Así se ve que la mayor parte de los hombres que han nacido en medio de la grandeza y fortuna; que traen consigo quanto pudiera satisfacer un corazon sano, y ocupar su vida con honor y virtud, no contentos con tan altas ventajas, buscan otras que acaso no son mayores ni mas agradables, sino de otro género y de otra esfera. Desdeñan gobernar paisanos, desprecian el respeto de hombres sencillos, no



sienten el inefable placer de hacerlos felices; y en lugar de esta notable y digna ambicion, por un incomprendible prestigio del orgullo, tienen la de mandar á sus iguales, tal vez á sus superiores, y para esto solo ambicionan los cargos militares ó los empleos de la corte.

No digo que la primera deuda de un ciudadano, por mas noble y rico que se le suponga, no sea la de servir al estado en que vive, y al soberano que le manda; pero esto debe entenderse cuando el estado y el soberano necesiten de su persona, y cuando pueda serles útil. Hay mucha diferencia entre los que aceptan los empleos por obediencia ó por deber, y los que los solicitan con ardor, y los arrancan con importunidad; entre los que quieren pagar su deuda, y los que solo aspiran á satisfacer su ambicion.

Los primeros, si emplean algun tiempo ó los años de su juventud en el servicio del estado, desde que creen haber cumplido, y cuando no tienen talentos extraordinarios que los hagan necesarios, se retiran á pensar en sí mismos, y sobre todo en la felicidad de los pueblos, á quienes no solo deben las distinciones naturales, sino la propia subsistencia. Los otros, siempre alucinados con la pueril ambicion del mando, son como niños viejos, que envejecen adormecidos, ó en los cargos militares en que no son útiles, ó en los empleos de palacio en que no son necesarios.

Esta manía que se ha hecho tan general, es una de las mayores causas de la desolacion del estado. Al principio debió su origen á la política. El reino estaba dividido en partidos. La autoridad real no estaba todavía bien establecida. Los señores de pueblos que vivian en ellos, eran muy poderosos; se hacian la guerra entre sí, y tal vez la hacian á su rey. En estas circunstancias fué conveniente traerlos á la corte, y tenerlos á la vista para asegurarse de su conducta. Para contentarlos se les halagó con la perspectiva de los empleos de palacio; y esto bastó para satisfacer su orgullo. Después sus pasiones hallaron en el tumulto y placeres de la corte con que recompensarse del sosiego y de la dignidad que dejaban abandonada en el campo.

El hombre sabio se pudiera reir de la habilidad de los unos, y de la imbecilidad de los otros, si este descuaderno de las indicaciones naturales no produjera mas que un espectáculo sin consecuencia; si no fuera mas que un objeto especulativo, como otros muchos, en que se ve por un lado la destreza del supremo poder, y por otro la ridícula ambicion de los que se le acercan; pero no puede dejar de affigirse cuando considera los muchos males que ha producido; pues no hay duda que este es uno de los daños mas capitales que pueden contribuir poderosamente á la ruina de la prosperidad general.

Así se admira y se aplaude á la política, que en



tónces se sirviese de medio tan oportuno para establecer la autoridad suprema y protectora que debía traer consigo la paz, el orden y la felicidad; pero sería igualmente loable, que después de haber logrado tan completamente su designio, y cuando ya segura de sí misma no necesita de tan duro remedio, procurase curar los males que ha ocasionado, restituyendo á la naturaleza los medios de que se vale para derramar con mano ménos desigual sus beneficios sobre toda la extension de las provincias y de los pueblos.

Porque no hay duda que la naturaleza es liberal en todas partes; que no hay distrito habitado por hombres, á quien no ofrezca sus producciones respectivas; pero en todos exige trabajo y cultivo. Su intencion en general y con algunas ligeras excepciones es, que cada terreno tenga sus productos propios; que los hombres vivan en el suelo en que nacen; que cultiven la tierra en que viven; que se alimenten con los frutos que recogen y que ademas tengan un superfluo para trocarlo por lo que les falte. Así la hace como violencia el que desordena esta marcha regular de su arreglada y benéfica atencion: y todas las instituciones sociales, que se opongan ó contradigan á estos principios, parece que la fuerzan y violentan.

De aquí nace, que la formacion de las ciudades populosas en ciertos puntos de la tierra, en que se acumulan muchos hombres, dejando abandonados

muchos campos, es una operacion que solo ha podido dictar la necesidad de la defensa en la guerra, ó el delirio de la ambicion en la politica, que no puede ser hija mas que de la desgracia ó del error, que se opondrá y estará siempre en contradiccion con las sabias instituciones de nuestra madre comun, y que la buena politica, cuando no puede atajarla, desea á lo ménos contenerla.

Pero nada puede alterar tanto las intenciones de la naturaleza, como el establecimiento de una metrópoli. Como reside en ella el soberano, dispensador universal de todas las gracias; como allí van á parar todas las riquezas, porque todas las provincias tributan al erario; como allí arrastra la ambicion á todos los pretendientes; como allí corre todo el comercio, porque allí espera mas ganancias; y en fin, como allí va todo, porque es todo; la corte podria llegar á ser el gigante del reino, y como un monstruo del cuerpo político que se traga cuanto el reino produce; y si la politica no le ataja esta rabia devoradora, si no sabe detener en su puesto á los que con conato irresistible propenden á arrojarle en el grande abismo, no tardarian en quedar secos y agotados los canales que entumescian su monstruosa excrecencia.

Esta manía de trasportarse los hombres y las riquezas; este furor de huir del pais nativo para engolfarse en la corte, ocasiona en gran parte la ruina de las provincias; los campos quedan despoblados.



dos, sin brazos, y destituidos de medios; la agricultura se debilita, las artes huyen ó se entorpecen, las producciones disminuyen, y toman unos precios tan subidos que incomodan á todos.

El medio único, el mas simple y seguro es, que el gobierno promueva por leyes, por ventajas, y por cuantos arbitrios le da su autoridad, que los señores, los ricos y los grandes propietarios vayan á habitar en sus tierras. Esto solo es capaz de hacer revivir una nacion en poco tiempo. Entónces los que son dueños de las tierras, se verán obligados á cultivarlas: los jornaleros hallarán ocupacion, las artes ejercicio, la agricultura medios, y las costumbres muchas mejoras. Me he embarcado en esta digresion, porque la aplicacion de estos principios es la que me ha dado las ideas que tengo sobre la educacion de mis hijos; y así vuelvo á ellos.

El cielo los ha hecho de una clase, que segun las máximas del mundo, pueden aspirar á los mas altos empleos de la guerra y de la corte. A pesar de mis profusiones y delirios, yo espero dejarles muchas rentas, tierras y señoríos. Acaso con la luz actual de mis desengaños, yo quisiera que tuvieran ménos, porque ya siento la carga y la cuenta que se ha de dar á Dios. Una fortuna mediana, independiente y exenta de obligaciones, me parece el mas alto grado posible de la felicidad humana; porque ésto es mas seguro para la tranquilidad de la vida, y para hallarse con ménos inquietudes á la hora de la

muerte. Pero como yo no puedo defraudarlos de los bienes que les reparte el cielo, no me queda otro arbitrio que educarlos de manera, que puedan después hacer de ellos el buen uso que deben.

Supuesta esta basa, si yo escuchara mi razon, y los temores de mi propia experiencia, quisiera que se criasen en estos campos, y que nunca saliesen de ellos. Quisiera dividir su fortuna de manera, que con ella se formaran dos partes iguales, y dejar á cada uno la suya libre, independiente y separada. Quisiera inspirar á los dos el gusto y el amor de las ocupaciones rústicas, de los inocentes trabajos del campo, así para dar pábulo á la inquieta actividad de la juventud, como para distraerlos de toda aficion ó gusto pernicioso. Quisiera casarlos temprano, sin buscar en sus mugeres otros caudales que un nacimiento honrado, y mucha cordura y virtud. Demasiado ricos serán ellos para solicitar otros bienes, y yo solo deseo hacerlos cristianos y dichosos.

Bien sé que no debo forzar sus destinos y que ellos los deben escoger; pero puedo aconsejarlos y dirigirlos. Mi naufragio debe estimularme á que con celo los aleje del golfo. Si en mayor edad, con mas conocimientos quieren ir á servir en la corte, lo podrán hacer; pero no seré yo el que los encamine. En cuanto á la guerra, conozco su obligacion; y si manifiestan aptitud para ella, y si las circunstancias lo exigen, no me opondré á que paguen su deuda al estado; pero quisiera que al instante que



dejen de ser útiles, se vuelvan presurosos á su dulce retiro.

Yo me figuro, amigo, que dos muchachos instruidos y acostumbrados á las apacibles tareas de los campos; que siempre ocupados no han dado lugar á la ociosidad, ni entrada á los vicios; que han hallado temprano los halagos de la naturaleza entre los brazos de una muger querida y honesta, y que extenderán por lo regular los afectos de su corazon á los frutos que nacerán de sus honestos matrimonios, han alcanzado toda la dicha que es permitida á los mortales en la tierra: habrán pasado el borascoso intervalo de la juventud con ménos peligros, llegarán á la madura edad mas acostumbrados á la inocencia y á la virtud, y podrán en fin terminar el breve curso de esta vida fugaz con ménos zozobra, y con esperanzas mas bien fundadas.

Con esto te he descubierto el blanco que se proponen mis deseos, y ya debes entrever las líneas que me pueden dirigir á este punto. La primera es ocuparlos siempre. Con este fin me propongo enseñarlos y acostumbrarlos á los ejercicios rústicos; y á medida que se vayan adelantando en edad, repartiré entre ellos el cuidado de diferentes ramos, que yo gobernaré en secreto, pero les dejaré el honor de su inmediata direccion. Antes de esto les haré frecuentar las casas de los mas hábiles artesanos, para que adquieran una idea de todos y cada uno de los oficios mas necesarios. Esto los pon-

drá en estado de saber lo que mandan, ocupará su tiempo, ejercitará sus miembros, y robustecerá su temperamento.

Ademas, quiero que se apliquen seriamente á una arte, y la aprendan perfectamente como si hubieran de ganar con ella su vida; y hasta ahora lo que me ha parecido mejor es el de carpintero, así porque todo él es aseado, como porque sé que en el lugar hay un maestro que por fortuna es muy hábil y de costumbres excelentes. Mi ánimo es ocuparlos ahora estos tres ó cuatro primeros años, poniéndolos allí por algun tiempo. Esto es, irán todas las mañanas á aprender una ó dos horas, y esto bastará para su instruccion, y me parece que con esto pasarán una juventud muy ocupada.

Si consigo que se acostumbren á esta vida simple é inocente; si el amor de los hijos que tuvieren basta para llenar su corazon; si puedo lograr que su mayor pasion sea la felicidad de los pueblos; si veo que continuan los ejemplos que me propongo darles; si despues de vivir con moderacion emplean el sobrante de sus rentas en beneficios generales de sus pueblos, y en el socorro de los necesitados; y en fin, si obtengo que su corazon no necesite de otras diversiones y placeres que los que puede presentarles la dulce paz de una familia querida, la felicidad de sus vasallos, de sus criados, dependientes, y de cuantos tengan relacion con ellos, yo seré el mas feliz de todos los hombres.



Pero como su gusto puede no conformarse con estas ideas; como el destino ó las circunstancias pueden llevarlos á la corte, á la tropa ó á grandes ciudades, me parece que debo darles una educacion tal que puedan presentarse en todas partes con decencia. Así me parece que debo hacerles aprender el latin, que es la lengua de la Religion y de las ciencias; sobre todo la suya propia, que es la que deben hablar siempre, y que ademas deben hacer otros estudios que contribuyan á ilustrarlos, á rectificar su juicio y moderar su corazon.

Pero esta es la parte en que por mi muy descuidada educacion me hallo ménos instruido, y necesito de que mis amigos me socorran, principalmente Mariano, á quien pido me explique con franqueza lo que puede haber de defectuoso en las ideas generales que aquí le expongo, y al mismo tiempo me indique la marcha, el método y la naturaleza de los estudios útiles que deseo que hagan.—

Yo quedé muy consolado leyendo este escrito, en que ví ideas tan conformes á las mias, y al instante me puse á responderle en estos términos:

Todo lo que dices, amigo, en tu papel es excelente, y mi corto talento se alienta mucho con tus juiciosos y cristianos proyectos, porque creo que podré ayudarte en muchos de ellos. Yo habia meditado poco hasta aquí sobre estas materias; pero me parece que cuando Dios te inspira ideas tan sólidas y deseos tan santos, si tomamos la luz del

Evangelio para que nos alumbre, podemos marchar sin riesgo de extravío.

Tú quieres que junte mis reflexiones con las tuyas; y á pesar de mi justa desconfianza, voy á hacerlo con el celo de la amistad. Yo pienso como tú, que no estando seguro del gusto de tus hijos, ni del partido que querrán tomar en adelante, debes darles la especie de educacion universal que te propones: una educacion tal, que si conformándose con tus deseos, se acomodan á vivir siempre en sus tierras, pueda hacer su propia felicidad, ocupándose en la administracion de sus haciendas, y en el bienestar de sus pueblos. Pero que tambien si su gusto ó las circunstancias los conducen al comercio del mundo en la corte, en la tropa, en las grandes ciudades, puedan presentarse sin rubor, y sostener con decencia el carácter propio de su clase.

Pero, amigo, para lograr estos dos fines, no es menester mudar de plan. La buena educacion es buena para todo. La Religion, la moral, los principios de las ciencias sólidas y los conocimientos de las artes útiles que deben ser la basa de una educacion bien entendida, sirven para todas las situaciones y destinos; y son tan propios á dirigir y hacer feliz al hombre del campo, como al cortesano, al militar ó al ciudadano. Así en el plan que voy á describirte, yo no te propondré mas que las instrucciones necesarias y útiles, que son siempre ventajosas en todos los estados, y sin las cuales